

—Entonces—dijo Claudio—no quiero, por ahora, verla ahí; probablemente no sabría representar mi papel de simple amigo; conviene que nos reunamos en otro sitio, para que podamos hablar con libertad y usted acabe de conocerme.

—No exija usted eso — replicó la joven procurando desasirse—; yo no puedo salir siempre, a veces no me dejan...

Estaban en medio de la explanada, y él continuaba porfiando sin calcular el peligro a que se exponía.

—Sin embargo — murmuró—, como esta tarde habrá muchas...

—Espéreme usted pasado mañana, a las tres de la tarde, en la iglesia de Chamberí — repuso ella, retirando violentamente la mano que el pintor retenía prisionera entre las suyas.

—¿Sin falta?

—Sí, sin falta; sólo prometo ir... en cuanto al resultado de la entrevista, nada digo... Y no siga usted; es una imprudencia...

—Bien, Matilde, adiós...

—Adiós, Claudio.

La vió alejarse como horas antes la viera en la Puerta del Sol: andando con el paraguas abierto, las faldas graciosamente recogidas y un paso menudito de perdigón fugitivo, dejando tras sí una especie de polvillo luminoso impregnado de suave perfume... y abrir la verja del jardín que daba entrada a su hotel, y desaparecer entre las sombras sin volver la cabeza.

II

Claudio Antúnez habitaba un hermoso gabinete con alcoba y dos balcones volados a la Plaza de Bilbao, desde los cuales se veían la calle de San Bartolomé en toda su longitud; estrecha, hú-

meda, poblada de zapaterías que exhibían sus géneros al aire libre; y las de Infantas y Clavel, por donde empezaba a discurrir desde muy temprano un reguero de transeuntes.

La dueña de la casa era Teresita Sanz, una manchega pequeña y redonda como un barril de aceitunas, la que, a pesar de sus cincuenta años bien corridos y de su viudez, conservaba una amabilidad y un buen humor inalterables. Cuando se encontró sola, sin varón que la defendiera ni hijos crecidos que la mantuviesen, se puso a servir; y más tarde, merced a la generosa protección de un señorito aristócrata, logró emanciparse y amueblar decentemente un pisito en donde vivía, ajena de cuidados, con Claudio Antúnez y dos empleados del Banco, hombres formales, que pagaban su pupilaje puntualmente.

Con aquel modestísimo haber quedaban satisfechas las aspiraciones de Teresa; sin deseos mortificantes ni recuerdos que entristecen, vivía como cualquier cuadrúmano, satisfecha de no tener trampas ni papeletas de empeño en las gavetas de su cómoda, ni otro pensamiento que el aderezar bien las comidas y conservar la casa reluciente, como tacita de oro. Aquel esmero lo tuvo al principio por cálculo, pero después fué buena por costumbre, y ya en las postrimerías de su vida hosteril, más parecía abuela complaciente y benévola, que pupilera codiciosa.

Claudio Antúnez estaba muy satisfecho de hallarse tan bien instalado, gozando de su libertad de soltero que no mantiene queridas y entregado a sus pinceles y a sus juveniles disipaciones. Aquella existencia febril se revelaba en el desaliño de sus trajes, en su media melena áspera y rebelde a los peines y al cosmético, que le daba aspectos de trovador provenzal, y en el desorden de su cuarto, que trascendía a museo o a tienda

de trastos viejos: de las paredes pendían multitud de cuadros, unos terminados, los más a medio concluir. Entre aquéllos había algunos paisajes andaluces rebosantes de color, y varias copias de los grandes maestros de las escuelas italiana y flamenca. El lienzo más notable representaba una cabeza de mujer rubia, admirable por la exquisita delicadeza de los rasgos y la frescura de la carne; con ojos verdes de inenarrable expresión y una boca gruesa, coloradita, incitante, como las bocas de las mujeres que pintó el prodigioso pincel de Boticelli en la Capilla Sixtina: la tersura de la frente, el arco perfecto de unas cejas tranquilas que la pasión nunca había contraído, la nariz fina y casta, las mejillas sonrosadas, el cabello ondulante, de color noguerado claro, con reflejos sombríos, formaban un conjunto armónico y plácido, como el de las *madonas* de Rafael. Aquella cabeza era un arquetipo, una exaltación de la belleza femenina, unida solamente a la realidad por vínculos sutiles que el artista no supo romper, porque para ello hubiera necesitado dejar de ser carne, y que surgía con un escorzo sugestivo del fondo negro del cuadro.

Claudio Antúnez llevaba consigo un ideal extraño, personalísimo: aquella cabeza de mujer, con el sedoso cabello suelto, los grandes ojos abiertos y mirando el cielo en místico deliquio, los carnosos labios extendidos, cual si murmurasen una plegaria, y la nariz henchida por un hábito de pasión o de fe, era de una corrección irreprochable, de una idealidad sin límites; y, no obstante, examinando los contornos de la figura, se descubría algo carnal que no saltaba a primera vista: la cabeza, caída hacia atrás, tenía una actitud de voluptuoso abandono; aquellos ojos, que la fantasía del pintor concibió verdes, no eran los de una iluminada; en ellos había fulgores de sensua-

lidad, crispamientos nerviosos, espasmos de de-leite represado; lo espiritual y lo humano unidos, lo perecedero y lo eterno abrazados, la pasión rabiosa y hambrienta y la fe resignada que todo lo espera del porvenir, fundiéndose en el fondo de unas pupilas; y la boca, aquella boquita de labios gruesos y entreabiertos, parecía solicitar, no el beso helado que da Cristo a sus siervas, sino un beso de macho ardiente, que muerde besando.

Tal era la poderosa creación de Claudio: una fusión de idealidad y de naturalismo, de pasión divina y de carne que ama y se estremece; y es porque él era así, como aquel cuadro; y si su carácter hubiese sido algo material capaz de fotografiarse, hubiera tenido el perfil y la enigmática expresión de aquella cabeza de mujer rubia con ojos verdes.

Nadie sospecha lo que ocultan las obras del hombre: el público ve un cuadro, lee un libro o escucha una obra musical, y no presume la interminable cadena de ideas, las tragedias íntimas, los recuerdos dolorosos, los crímenes tal vez, velados en el cuadro, en el libro o en la melodía: los grandes artistas trabajan retratándose en sus obras, poniendo en ellas jirones de su alma, y el músico llora en sus melodías y los pintores dibujan lo que su pasión les sugiere, y los novelistas desgarran sus entrañas analizando las de sus personajes. Así, aquella mujer rubia con ojos verdes era un retazo del espíritu de Claudio; era su pasado, lleno de memorias infantiles; su presente, plétórico de anhelos y de pujanza; su porvenir, sonrosado y riente como una fresca alborada primaveral y por eso la pintó rubia y dió a sus mejillas de virgen la blancura del lirio, porque era un soñador a quien atraía lo invisible; y la puso con la cabeza inclinada hacia atrás, porque él también caminaba con la frente alta, sediento de

gloria y de luz; mas como su genio de poeta romántico convivía mal con su cuerpo membrudo de hombre sanguíneo, manchó la casta inocencia del ensueño con aquellos labios que pedían besos y aquellos ojos verdes de hurí lasciva.

En la concepción del cuadro intervinieron muchas circunstancias: la educación de Claudio, el medio donde vivió, la lucha del genio creador con la realidad incorrecta y tardía que viste de harapos los hijos más hermosos del entendimiento: sus amoríos de hombre soltero que corre tras el placer y la novedad de las sensaciones, y tal vez la herencia; la herencia, que parecía haber grabado un sello indeleble sobre aquel semblante femenino, como los nietos, obedeciendo a misteriosas leyes atávicas, suelen aparecer con las inclinaciones de sus ascendientes lejanos, cual si la Naturaleza, descontenta de su obra, quisiera volver a empezarla.

Cuando José María Antúnez terminó su carrera de ingeniero, fué a Málaga como director de las obras de un ferrocarril, y allí conoció a la que más tarde fué su mujer: una hembra admirable, nacida en Argel y criada en Alicante, que parecía una estatua de bronce. Después los recién casados se trasladaron a Córdoba, y allí tuvieron un hijo, que fué bautizado en la catedral con el nombre de Claudio. Al estallar la memorable revolución de septiembre, José María Antúnez formó como voluntario en las filas del general Serrano, y estuvo en la batalla de Alcolea, donde recibió un balazo que puso en grave riesgo su vida. Luego fué solo a Madrid, arrastrado por su pasión política, que le obligó a luchar en las barricadas y en los periódicos más exaltados durante el turbulento periodo del 68 al 70; y, finalmente, regresó a Córdoba aquejado de un padecimiento al estómago y sintiendo que las energías de su

cerebro flaqueaban. Los últimos años del desencantado revolucionario fueron terribles; sus asuntos iban de mal en peor; tuvo que pedir dinero con réditos exorbitantes, y pronto se encontró en una situación insostenible, porque los usureros, sordos a sus protestas de hombre honrado, le apremiaban sin piedad. Aquellos últimos golpes fueron decisivos; su razón empezó a experimentar extraños delirios, alucinaciones terroríficas; tornóse huraño y maniático y una noche, en un acceso de locura, se suicidó disparándose un tiro debajo de la barba.

Entonces tenía Claudio quince años y ya pintaba tablitas que luego eran vendidas por los cafés, y con lo poco que esto le producía y las cincuenta pesetas mensuales que ganaba en la notaría de un amigo de su difunto padre, pudo defender la vida y perfeccionarse en el arte a que se sentía inclinado. Cuando murió su madre, Claudio Antúnez quedó solo, los escasos parientes que le quedaban residían en Málaga y no le conocían; con veinte años, muy poco dinero y una experiencia tan menguada como grandes eran sus deseos de merecer laureles y fortuna.

El notario, al saber los proyectos del joven, procuró retenerle ofreciéndole un aumento considerable de salario: el buen hombre le había cobrado afecto, y como su limitada inteligencia de oficinista no concebía la vida sin empleo, le horripilaba la idea de salir de una capital provincial para lanzarse a Madrid, un pueblo muy grande, que vive muy de prisa. Aquel aumento de sueldo fué el obstáculo más poderoso que la medianía cobarde pudo oponer a los arranques del genio que aspira a declararse independiente; Claudio dudó, seducido por las risueñas perspectivas que le ofrecía un dinero ganado sin fatigas y puntualmente cobrado. Todas las personas con quienes

consultó sus vacilaciones, robustecieron la opinión del notario: un muchacho como él no debía salir de Córdoba; allí tenía sus relaciones de niño, que son las más leales; una campiña bellísima, un sol espléndido, una naturaleza exuberante en que inspirarse, y su oficina y su sueldo, ¡el sueldo, sobre todo...! aquel sueldo omnipotente que parecía un Dios convertido en monedas de plata...

Antúnez siguió la opinión general y continuó como hasta allí, domeñando los impulsos de su alma de artista, entretenida por entonces en escribir minutas y redactar escrituras. Pero llegó un momento en que su genio se sublevó, estallando bravío como frasco de pólvora encendida. Ya no podía aguantar más, el cielo de Córdoba le ahogaba y aquella súbita efervescencia le reveló la inutilidad de su vida: no, aquello no era vivir vida racional; era existir y embrutecerse; a él no le bastaba ser un oficinista distinguido, esclavo de su reloj y sus documentos, que pinta tablillas en los ratos de ocio; amaba lo imprevisto, lo peligroso, quería luchar porque se reconocía con ánimos para vencer, y así, de pronto, con gran estupefacción de su jefe que le creía curado de todo prurito vagabundo, lió sus bártulos, que eran bien escasos, y con ellos metidos en un maletín de mano se presentó en la oficina. El notario le oyó como quien escucha las confesiones de un loco; después, enternecido, se echó a llorar y acabó por abrazarle, prometiéndole que, en pago de su ingratitud le reservaría su empleo para cuando regresase deshecho y abito de desengaños.

Así salió de Córdoba Claudio Antúnez, haciendo un viaje con todas las apariencias de una fuga: y mientras el tren corría veloz, devorando kilómetros, con qué desprecio, mezclado de compa-

sión, recordaba a sus amigotes que divertían las horas en la mesa del café refiriendo cuentos picantes y tijeateando honras; juventud indiferente y cursi que dejaba allá atrás, lejos del mundo que marcha, sumida en un marasmo bestial. El tren le llevaba a Madrid con infernal traqueteo de fragua; Madrid era el misterio, la esfinge cuyo secreto urgía descubrir para triunfar, la gloria que aparecía tentadora extendiéndole los brazos como a su hijo predilecto. El era un hombre formado y los hombres no han de vivir como mamoncillos, en perpetua y denigrante tutela: Córdoba era su cuna, pero allí no pensaba regresar sin antes conseguir la victoria; y los trabajos, la miseria, hasta el suicidio, todo lo prefería a la confesión de su impotencia ante los amigos que, menospreciando su talento, le despidieron en el andén con una mortificante sonrisita de duda.

De aquel pasado que iba esfumándose en el horizonte según el tren corría, sólo guardaba un recuerdo dulcísimo de poeta: el de una niña rubia, con ojos de color de cielo andaluz, que conoció en Lucena y con la cual mantenía una correspondencia apasionada de amante platónico.

Los primeros años que pasó en Madrid fueron para Claudio un calvario durísimo. Antúnez no sabía moverse, tenía una pereza mahometana que sin duda heredó de su madre, la hermosa argelina con rostro de estatua de bronce; y sin embargo, venció, porque tenía genio y una voluntad inflexible que, aunque despacio, iba derecha a su objeto sin sentir las zozobras de los espíritus pusilánimes. ¡La gloria!... Este era el ideal más codiciado de Claudio, la querida impalpable en cuya posesión había de deleitarse eternamente: la gloria es una borrachera de la Historia, un himno inacabable que repercute de siglo en siglo. Alcibiades, el famoso calavera ateniense,

cortándole el rabo a su perro para ser popular, le parecía un mentecato presumido; pero Erostrato, aquel desequilibrado que quemó el templo de Diana en Efeso con el solo propósito de inmortalizarse, era a sus ojos un loco sublime; Erostrato dió su vida por perpetuar su nombre, y él también lo hubiera hecho, porque una vida no vale lo que un rinconcito en la historia de la humanidad. El borracho aplaca, bebiendo, su sed de alcohol; el amante rinde su pasión entre los brazos de su querida; el avaro duerme tranquilo echándose sobre sus tesoros después de bien contados; pero la gloria es una pasión frenética que no da treguas, pues los aplausos del público y la crítica son para el artista, lo que esos collares rodeados de sonoras campanillas que ciñen el cuello de los caballos, incitándoles a correr con su eterno repiqueteo:

Aquel trabajo febril trastornó el carácter de Antúnez; mientras estuvo en Córdoba amarrado a su notaría, observó una vida regular de empleado pundonoroso y metódico que cuenta los pasos que separan su casa de la oficina; mas cuando se vió en Madrid, lejos del influjo enervante de sus añejas amistades, sus facultades se desenvolvieron violentamente, perturbando el orden cronométrico de su vida. Claudio empezó a dar pruebas de ser genio desde que renunció a ser metódico; para él sólo existía el arte, y quien se fija en los prosaísmos de la vida, es tan necio como el viajero que renuncia a las bellezas del paisaje por mirar los baches y piedrecillas del camino; para eso la Naturaleza nos hizo bípedos, para caminar mirando al cielo: su mayor placer era fantasear, y si hubiese tenido la costumbre de escribir sus sueños, como hacía Alfonso Daudet al levantarse, hubiera escrito su historia, porque su vida sólo fué un ensueño continuado.

Rompiendo aquella efervescencia creadora comenzó a insinuarse en Claudio el ideal que más tarde inspiró todas sus obras. «Las Mujeres forman los poetas», decía Musset, recordando, sin duda, sus amores con Jorge Sand y también hacen los pintores; porque las mujeres son el amor y el amor es la belleza y el arte. El ideal femenino de Claudio no tenía la casta serenidad de los desnudos de Correggio, ni el tinte carmíneo de los de Rubens, ni los tonos sombríos del hollín italiano; durante mucho tiempo permaneció indeciso, no sabiendo retratar aquella sombra de contornos borrosos, recordaba el corte de cara y el color de sus ojos y la forma de la nariz, pero no tenía idea exacta del efecto resultante de esta conjunción de rasgos.

Una mañana, sin embargo, y tras una penosa gestación de varios años, los contornos del milagroso ensueño se precisaron, apareciendo una cabeza de mujer rubia, con ojos verdes: en aquella cabeza había vagas reminiscencias de su platónica amada de Lucena y una aspiración misteriosa, tal vez algo mística, de artista que presiente un más allá ignoto. El la veía así; con un cutis de blancura nivea, el pelo castaño y ondulado, los rojos labios extendidos, los ojos fijos en el cielo: aquella figura no se parecía a ninguna de sus modelos: tenía en el semblante un resplandor etéreo; una divinidad magnífica y triunfante, como la Magdalena de Rubens que guarda la catedral de Amberes; y enamorado de su obra pasaba muchas horas contemplándola con fanático arrobamiento, como Pigmalión delante de aquella estatua de mármol que en vano pretendió conmovier con sus caricias.

Sólo esta mujer impalpable pudo inspirarle celes y quitarle el sueño; las demás no le preocupaban. Hijo del Mediodía y llevando en las ve-

nas la sangre africana de su madre, sentía por la hembra esa afición despectiva característica de los pueblos orientales, donde el gineceo quita a la mujer cuantos derechos le conceda su marido el matrimonio cristiano. Antúnez sólo veía en el sexo débil el símbolo animado, cálido y palpitante, de la belleza y del placer; el animal dócil, sumiso, sin fueros de independencia, que se embellece para recreo y deleite del macho: pero la mujer moderna, el ser perfumado, vestido de seda, que reina despóticamente en los salones y al cual la estúpida galantería masculina ha endiosado, no existía para él, y el hombre que se arrastra a los pies de una dama le parecía tan ridículo como el salvaje que después de modelar sobre un tarugo de madera un rostro humano le llama su Dios, se arrodilla delante de él y le sacrifica sus hijos. Por esto, a pesar de su juventud disipada, nunca tuvo pasiones asoladoras; sus mujeres fueron conquistas fáciles, amores volanderos que pasaron en alegre turbión, caprichos de hombre vicioso que compra y olvida el grosero sabor de los besos vendidos: las mujeres no le habían molestado, todas le parecían hermosas, complacientes y frágiles, y los poetas que escribieron versos lacrimosos evocando el doloroso recuerdo de sus amores muertos, le inspiraban risa; todos eran unos pobres diablos llorones que se complacían en convertir en tragedia el risotero sainete de la vida.

Amén de estos devaneos, Antúnez tenía un compromiso amoroso de otra índole: su noviazgo con Amparito Guillén, una chiquilla de diez y ocho años, inocentona como una profesora, de ojos grandes claros, chatita y un rostro carirredondo de muñeca o de figurín, que reflejaba un espíritu simple, desnudo de atractivos y enquistado con una virtud sosita que daba sueño.

La conoció en un baile y se declaró a ella por recurso, no sabiendo de qué hablarla; pero aquella niña, que siempre le recibía sonriendo y a la cual entretenía, temiendo lastimarla demasiado con una brusca ruptura, no le preocupaba.

Tras un largo calvario había logrado asegurar su porvenir económico, y dedicarse con más sosiego al planeamiento de los grandes cuadros que meditaba. Su mayor satisfacción era la de concebir un asunto, pintarlo después, cobrar el importe de aquel trabajo, y decir: — «Este dinero que oigo sonar en mi bolsillo y que puedo distraer a mi antojo, lo he ganado pensando, salió de mi cabeza y no le ha costado penas a nadie; mi caja de valores la llevo siempre conmigo, sobre mis hombros, y nadie puede robármela; yo no tengo mi capital en oro, ni en billetes del Banco; lo tengo en ideas...»

En esto cifraba Claudio Antúnez su felicidad, y no comprendía cómo Mad. de Stäel dijo que la gloria es el luto esplendoroso de la dicha: esta frase, a su juicio, era absurda, pues no habiendo sentido ninguna pasión ajena a su arte, no concebía que hubiera dicha sin gloria, ni que ésta pudiera servir de mortaja al contento. Amaba el dinero porque le conquistaba comodidades y regocijos; a las mujeres, porque en sus brazos experimentaba el supremo deleite; pero pronto le aburrían, y entonces no hubiera trocado un desnudo de Rembrandt, que siempre atrae, pues el deseo hacia la belleza pintada es insaciable, por el amor eterno de la más gentil de sus amigas; y bebía y jugaba porque en el vino y en el juego hallaba sensaciones nuevas y poderosas que le distraían del trabajo diario, no por el grato saborcillo del mosto ni por el capital que la fortuna le trajese en los naipes: el único que codiciaba era aquel aplauso póstumo de la humanidad,

que se detendría conmovida ante la milagrosa grandeza de sus cuadros; aquella gloria que su inquieta imaginación personificaba en una cabeza de mujer rubia con ojos verdes; éste era su talismán, el zapatito de los cuentos hadados, la varita mágica que le permitía rodar sobre el fango del vicio sin mancharse...

—Mientras mi alma conserve la devoción al arte — decía el pintor —, no habrá pasión que me domine ni mujer que me subyugue...

Porque Claudio, que no era filósofo, ignoraba que el destino quizá sea el pseudónimo de la Providencia.

III

El pintor acudió a la cita de Matilde Landaluce mucho antes de la hora convenida. La iglesia de Chamberí está en la plaza del mismo nombre, entre las calles de Santa Engracia y Habana; al frente tiene una verja no muy alta, y adosados a uno de sus muros varios establecimientos que parecen sostenerse allí a despecho del ornato público, protegidos por la santa casa.

Claudio atravesó la verja y penetró en el templo, huyendo del frío; la iglesia consta de una nave grande y de otras dos laterales muy pequeñas, especie de capillas abiertas: sobre la puerta principal está el órgano y enfrente el altar mayor, separado del resto del templo por una barandilla metálica. Antúnez permaneció un instante junto a la pila del agua bendita, procurando orientarse en aquella semiobscuridad soñolienta; después avanzó y fué a sentarse en la nave central, sobre un banco de encina que crujió sordamente bajo el peso de su cuerpo: en todas partes flotaba algo inquietante que oprimía la garganta

y revoloteaba sobre altares, velándolos en una gasa gris que amortiguaba el resplandor de las luces encendidas; al pie del púlpito había un grupo de mujeres enlutadas murmurando oraciones con un tonillo continuo, monótono, como el zumbido de las abejas; Matilde no estaba allí. En un ángulo había un reloj pequeño, que llamó la atención de Claudio. Aquel reloj mundano trascendía a tocador de dama elegante, y en las iglesias desentonan esos chismes artísticos de bazar: el templo es el símbolo del infinito, de lo eterno, y en la eternidad no se cuentan las horas; la religión la entendía Claudio así, inmóvil, ajena a la marcha del mundo, imperturbable, como el misterio de lo mismo que representa; pues una religión que sujeta la duración de sus prácticas al movimiento de un minuterero, es una farsa ridícula, una especie de función teatral o de fácil pretexto para que desde muy temprano se afeite y engalane la gente dominiguera.

El aspecto de aquel altar mayor bañado en un frío resplandor espectral, y el monótono sonsonte nasal de aquellas devotas que rezaban apresuradamente, como aguijoneadas por el isócrono tic-tac del reloj, disgustaron a Claudio, que levantó la cabeza buscando en las alturas de la nave algo que le distrajese de esa repugnante devoción que se arrastraba de hinojos por el suelo; y lo halló: eran unos frescos de Taberner, iluminados por la lechosa claridad que inundaba la bóveda. El primero representaba una matrona hermosísima, adornada con una corona de oro y un velo blanco que el viento agitaba; a sus pies y voluptuosamente reclinado sobre una nube, había un ángel con las alas negras extendidas y un rostro seductor de mujer rubia. Aquellas dos figuras que conservaban, a pesar de los esfuerzos que